

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

La paz y la unidad

El apóstol san Juan le dijo a Jesús: “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba a los demonios en tu nombre, pero como no es uno de los nuestros, se lo prohibimos” (Mt. 9,38). Esta acusación se puede entender en dos direcciones: hacia dentro y fuera de la Iglesia.

Por un lado está el fenómeno de la relación de los Movimientos religiosos (Regnum Christi, Schöesstatt, Comunión y Liberación, Focolares, Camino Neocatecumenal,...) entre sí y con la iglesia local. Los Movimientos son un don del Espíritu Santo para la Iglesia, en ellos los fieles encuentran la posibilidad de formarse en la fe, crecer y comprometerse para ser mejores apóstoles de Cristo. A través de su carisma es como todo el cuerpo de la Iglesia se enriquece. Los Movimientos ofrecen una oportunidad a los fieles de hacer una experiencia vital de Cristo y de este modo realizar su vocación de bautizados. La dimensión carismática de la Iglesia y la dimensión institucional se complementan y enriquecen (Aparecida, 311, 312). Por lo tanto resultaría desedificante todo lo que suene a comparación u oposición. La actitud cristiana debe ser la unidad, el respeto y promover la mutua estima, hablando bien unos de otros y apoyándonos, porque vivimos un mismo espíritu en Cristo y profesamos una misma fe.

Por otro lado está la búsqueda de la unidad a través del diálogo ecuménico. Las divisiones entre todos los que profesamos una misma fe en Cristo, constituyen un escándalo, un pecado y un retraso. Unidos en una misma fe en Cristo, debemos buscar en la oración y en el precepto de la caridad los puentes de comunión que nos ayuden a quitar barreras que nos separan. Hay que purificar la memoria y adquirir un corazón nuevo, libre de resentimientos del pasado para lograr la unidad que es un mandato de Jesús: “Que todos sean uno, para que el mundo crea” (Jn. 17,21). El Papa Benedicto XVI nos ha dado un clarísimo ejemplo en su viaje al Líbano donde convocó y exhortó a Musulmanes, Ortodoxos y Cristianos a promover la paz en su país y en la región del Medio Oriente.

Hacia fuera está el diálogo inter religioso. Hay que comenzar por librarnos de prejuicios para dar paso al diálogo respetuoso resaltando elementos que nos unen en el bien, como es el reconocimiento de la dignidad de la persona humana por encima de la raza, pueblo o religión. La vocación a vivir en paz y armonía como seres dotados de razón y libertad. Alimentar el diálogo siguiendo el consejo de san Pablo: “haciendo la verdad en la caridad” (Ef. 4,15). La verdad tiene la fuerza para abrirse paso en la mente y corazón de los pueblos.

twitter.com/jmotaolaurruchi